



**Tres artículos en homenaje
a Roberto Murillo.
XXV aniversario**



Álvaro Zamora

VOLUNTAD Y MAGIA, REFUGIOS PARA RECORDAR A DON ROBERTO MURILLO

Empezaré con una afirmación que hizo Don Roberto en el primer curso que matriculé con él: “hay filósofos que no fueron o que no son buenos profesores en clase; y hay buenos –incluso, excelentes– profesores de filosofía que no son ni serán nunca verdaderos filósofos”.

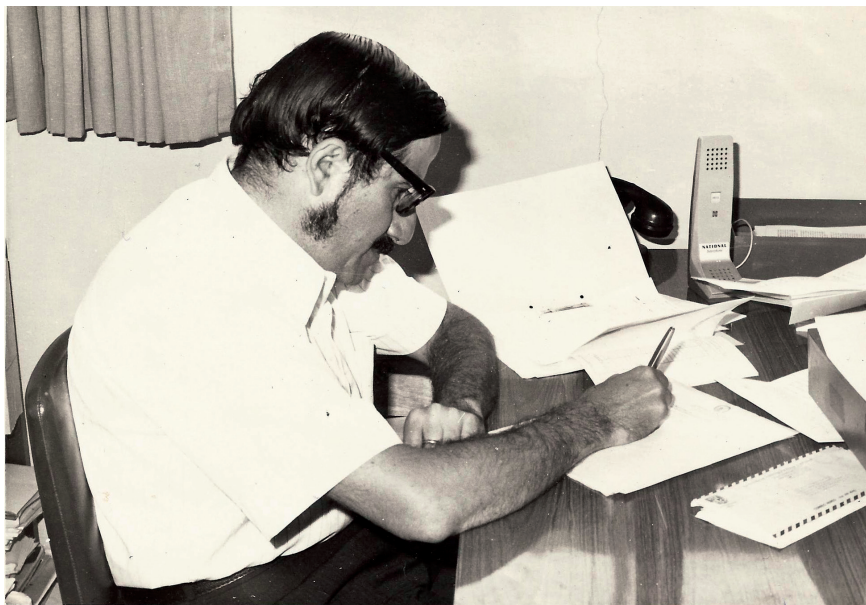
En aquellos días, tal afirmación me pareció tan impresionante como aquella otra –del mismo Don Roberto–: “bien comprendió Heidegger que somos seres para la muerte”.

Recuerdo la reacción del grupo. Nos volvimos a ver con expresión chacotera; alguno habrá regresado a sus lecciones colegiales de biología o quizá

más atrás, hasta un pésima clase escolar de religión o de catecismo.

Don Roberto sonrió... “sí –dijo– ya sé lo que están pensando; todos saben que vamos a morir. Eso es un hecho biológico; pero lo de Heidegger es otra cosa: verán, mucho de lo que ustedes pueden hacer ahora yo ya no puedo hacerlo. Cuando tengan cuarenta años, muchachos, no *entenderán* sino que *comprenderán* que tras los hechos humanos hay un significado que trasciende el dato”.

Distinguió ambos términos con un sesgo sartreano: entender es un acto racional, pero algo se comprende cuando nos hace cambiar. Indicó luego que los



alemanes distinguen así el verbo *verstehen* del verbo *begreifen*.

Sonrió de esa manera suya que nadie podría olvidar. Nos miró y dijo: “A mi edad ya no puedo elegir algunas cosas que para ustedes todavía son posibles. Por eso, tanto ustedes como yo debemos pensar en el futuro cual riesgo y contingencia. Así que *ser para la muerte* significa que elegimos y que lo hacemos en ciertas condiciones.

Tras dicha aclaración, la otra afirmación –sobre el filósofo y el profesor de filosofía– nos pareció análoga en contundencia. Ahora pienso que la dicotomía no era, en Don Roberto, motivo para penas o vergüenzas; se es uno o el otro con igual dignidad y acaso para él ambos aportarían a la posteridad legados esenciales. La distinción planteada incluía una característica apreciable y otra sutil. La primera atiende a la capacidad del profesor para hacer una lección amena, *ganarse a los pupilos*; algo que él, como pocos, bien supo cultivar. La otra característica versa sobre la filosofía misma. El buen profesor de filosofía aplica su saber a esto o aquello; lee el mundo y las cosas un acervo teórico que la lectura y la experiencia le han dado; así cultiva también su relación con los otros. Al filósofo puede resultarle esquivo la simpatía. Pero tiene la visión ancha y honda. A semejanza del artista –aunque con la razón como pincel o instrumento– inventa realidades, lee el mundo, advierte del futuro los destellos.

Don Roberto fue un gran maestro. Mantengo aún la personal creencia (mía–no sé si otros ex discípulos suyos opinan lo mismo) de que su obra escrita así lo muestra.

Si los fenomenólogos pretendieron volver a las cosas mismas, yo creo que, ante un problema vivencial o abiertamente filosófico, Don Roberto volvía a los textos de sus autores favoritos. La obra que escribió sobre Machado es un ejemplo de ello, también sus cursos sobre Borges o el Quijote, su visión introductoria a la filosofía (*Tres temas de filosofía*, EUNED) y, de manera más compleja –quizá incluso más original– en *La forma y la diferencia*, un libro al que el Círculo de Cartago dedicó concienzuda atención en sus sesiones de análisis. Ese escrito representa, seguramente, su trabajo filosófico más esperado y, quizá por eso, también el que mayores discusiones o desacuerdos ha generado.

Con una analogía, podría decirse que los anteojos favoritos de Don Roberto provenían de Platón, de Kant, de Heidegger; a veces recurría a Hegel o a algún pensador medieval. Gustaba de Cervantes, y supo hacer magisterio a partir de su lectura del Quijote. No solo ofreció algún seminario sobre esa obra, sino que motivó a los estudiantes para escribir sobre ella. *La Revista Comunicación* (ITCR) publicó algunos de aquellos ensayos.

Dadas sus dotes de profesor y buen escritor, Don Roberto fue

llamado a formar parte de la Academia Costarricense de Lengua. Su discurso de ingreso a tal institución es, según me parece, un ejemplo claro de su admiración cervantina. También es reflejo de algunas características de Don Roberto, hombre que mucho apreciamos y con quien adeudos académicos, políticos, y humanísticos tenemos, incluido cierto esfuerzo suyo para conseguir que la Universidad de Costa Rica erigiera el edificio de Letras.

El discurso de marras se titula “*El curioso impertinente*, Variaciones filosóficas sobre un tema de Cervantes”, que puede ser leído en *El Quijote entre nosotros* (Chaverri, 2006), un libro que debería ser reeditado por alguna editorial universitaria o pública, para el deleite y provecho de todos.

El argumento de “El curioso impertinente” es simple, pero se teje con ingenio extraordinario. Cervantes injertó esa historia en *El Quijote*. Semeja a las novelas ejemplares, como *La gitanilla*, *La española inglesa*, *El licenciado Vidriera*. Seguramente, el tema podría ser rastreado hasta Herodoto; pero no es ese el propósito nuestro. Formalmente o –para usar un término posmoderno– *escrituralmente*, esa novela nos retrotrae a Boccaccio y a algunos cuentistas italianos como Bandello (*Cuatro libros de las novelas*) Straparola (*Las noches agradables*) o Cinthio (*Hecatommiti* o *Primera parte de las cien novelas*). No ha de sorprender, por tanto que *El curioso impertinente*

esté ambientado en Florencia y refleje cierta vocación moralizante de la época. Trata de Anselmo y Lotario, dos amigos entrañables y de Camila, esposa del primero, mujer hermosa pero injustamente tratada.

Anselmo, poseído por una impertinente curiosidad, solicita a Lotario que halague y enamore a la bella Camila (en los textos, casi todas esas damas de alcurnia eran bellas). Con ello, pretende saber si ella es honrada y fiel.

Al principio, la dama rechaza las palabras e insinuaciones de Lotario. Pero Anselmo, lejos de mostrarse satisfecho, pide al amigo que insista y que pase de la insinuación al hecho. La novela crece en complicaciones, avances y retrocesos; su dinámica apunta a configurar una especie de tipología humana en cuestiones pasionales mediante la imagen del esposo desconfiado y curioso. Don Roberto disfrutaba tanto de esa trama, como del ritmo y del estilo con que Cervantes la da al público.

Ciertamente, el Anselmo cervantino parte de un prejuicio de la época: *la mujer es un animal imperfecto, cuya vida debe ser apuntada, con educación o coacción y sorteando inconvenientes, a la virtud*. Camila debe caer; el lector lo espera; la ideología de entonces apunta a que hay algo natural en ello.

La infidelidad se produce. Lotario, egoísta enamorado, deja que Anselmo permanezca convencido de la lealtad de ambos. Pero una

circunstancia imprevista (que involucra a la criada Leonela y a su amante) lleva al desvelamiento de la verdad. Camila huye y Anselmo muere de pesar, no sin escribir antes sobre la causa de su muerte.

Como bien se sabe, el vínculo realidad-ficción, más que un tema en el Quijote, es un eje del relato. En tal sentido, *El curioso impertinente* se incrusta en el plan general de la obra para contribuir tanto a cierta perspectiva moral y humanística que prima en los escritos cervantinos, como a la concepción estructural del texto y a una reconocida tensión entre realidad y ficción que sirve como uno de los ejes transversales de la novela.

Desde cierto punto de vista filosófico, Roberto Murillo se interesa sistemáticamente por asuntos como: 1- la presencia de historias ajenas (de caballería, de la vida cotidiana o de ciertas pasiones) en la historia principal; 2- el aporte de espacios ficcionales que, como *El curioso impertinente* enriquecen exponencialmente la polifonía narrativo-poética (presencia de cuentos-novelas, referencias a la vida real propia, a la ajena y a las peripecias de la obra en la realidad social), 3- la posibilidad de descubrir temas contemporáneos en textos clásicos (como *El Quijote*); entiéndase: temas como el de la contingencia y el de las complejas relaciones entre la real y lo imaginario, la inestabilidad existencial, la desintegración del orden racional (que resulta central en *El Quijote*), la lucha

entre lo profano y lo sagrado y las pugnas cotidianas de la conciencia moral.

En el referido discurso de ingreso a la Academia, Don Roberto re-narra la historia poblándola de referencias filosóficas. He aquí un ejemplo donde se aclara el significado general que, para Don Roberto, tiene la pequeña novela:

El Curioso es la historia de una idea, no obviamente, como diría Hegel, de la idea tal como estaba en la mente de Dios antes de la Creación, sino hecha corazón y deseo, sin perder por ello en ningún momento su presencia ante sí misma”

Don Roberto piensa que ese *momentum* metafísico cohabita con temas humanísticos del siglo XVII, los cuales le parecen, *mutatis mutandis*, muy actuales.

La voluntad de dominio, entendida romántica y paradójicamente como hacedora de libertad para el prójimo, es solidaria de la confianza en sí mismo, de la conciencia de la propia unidad del caballero consigo mismo, sin división interior. Ahora bien, no puede haber “caballero andante sin dama, porque tan propio y natural les es a los tales ser enamorados como al cielo tener estrellas”(I, 13). Es la dama, causa final penúltima –la última es Dios– de la vida y de la obra de un don Quijote, que sustenta la luz de su entendimiento, la fuerza de su abrazo y la limpieza de su fama.(217-218)

Si ha de citarse a Don Roberto, no será dejando de lado su visión del porvenir, también arraigada en ideas que el tiempo resguarda, modifica y sintetiza. Al final de su discurso de incorporación a la Academia de la Lengua, él recuerda que en Platón la *psique* da unidad justa a las almas. Pero en la finitud se desgarran su inocencia y con ello, se consume una ruptura trascendental:

...la desgarradura del ser finito [...] que ha osado elevarse hasta lo infinito. Recordemos la hebras destinal de los héroes de la tragedia griega. Pero entonces [...] allende la culpa y la inocencia : las Coéforas pueden transformarse en Euménides. No todos los hombres ni los personajes de ficción, más reales a veces que los de carne y hueso, poseen la fe que, moviendo montañas, les abre el camino para renacer de las cenizas y, como decía Nietzsche, ser los sucesores de sí mismos. (Chaverri, 221).

Temas de ese tipo: literarios, pasionales o imaginarios fascinan a Don Roberto. No solo por él, cuando da sentido a tal dictado nietzscheano; también por el otro en general, por el amigo en particular, por el discípulo que de cuando en cuando acude a él por un consejo. En cada caso –según recuerdo– Don Roberto ha ejercitado especificidad para una idea con la que estas letras en su honor terminan:

Solo la conjugación entre el valor de la voluntad y la magia de la poesía pueden llevar al hombre a darle fundamento a su existencia más allá de la inocencia y de la nada. (Chaverri, 221)

UCR, Facultad de Letras, 26 de noviembre, 2019

Bibliografía

Chaverri, A. *et.al.* (2006) *El Quijote entre nosotros*. San José: MCJD.

Roberto Castillo Rojas

Algunas reflexiones sobre la vida y el pensamiento de Roberto Murillo Zamora

Resumen: Aborda el presente ensayo algunos aspectos de la vida del filósofo costarricense Roberto Murillo puestas en relación con las ideas de la forma y la diferencia, entre el logos y el eros, que aparecen principalmente en algunas de sus obras como *La forma y la diferencia*, Antonio Machado; ensayo sobre pensamiento filosófico. La ciencia, la filosofía son visiones que aspiran a la identidad, pero siempre enfrentan el reto del reino caótico del caos. La aspiración de la unidad siempre se ve perturbada por el reino de las cosas.

Palabras claves: Murillo, forma, diferencia, eros, logos

Abstract: This essay deals with some aspects of the life of the Costa Rican philosopher Roberto Murillo related to the ideas of form and difference, between logos and eros, which appear mainly in some of his works such as *La forma y la diferencia* and *Antonio Machado; ensayo sobre pensamiento filosófico*. Science, philosophy are visions that aspire to identity, but always face the challenge of the chaotic realm of chaos. The aspiration for unity is always disturbed by the realm of things.

Keywords: Murillo, form, difference, eros, logos.

Roberto Murillo Zamora nace en San José el 15 de enero 1939. Es hijo único, sus padres descubren pronto su gran inteligencia y, en consecuencia, deciden trasladarse a Cartago, en procura de la mejor educación posible para su hijo. La educación primaria la realiza en la Escuela República de Francia de Taras, o, San Nicolás Distrito de Cartago; la secundaria en el Colegio de San Luis Gonzaga que, en ese momento, está considerado como uno de los mejores colegios del país. Ahí obtiene su Bachillerato de Segunda Enseñanza en el año de 1956. La vida académica en el colegio marca profundamente su trayectoria intelectual. En 1957 ingresa a la Universidad de Costa Rica y le corresponde ser estudiante en el año de la inauguración de la Reforma Universitaria, promovida por don Rodrigo Facio: la unificación académica



de Ciencias y Letras en una Facultad que tiene como corazón los Estudios Generales.

La Universidad contrata profesores de primera línea venidos de otras latitudes, principalmente de España y Francia: Constantino Láscaris, Roberto Saumels, Salvador Aguado, Alain Vieillard Baron. Presisamente, con don Roberto Saumels establece una gran amistad y se convierte en su asistente en la Cátedra de Fundamentos de Matemáticas. Realiza la carrera de filosofía y obtiene la Licenciatura en Filosofía con la tesis *Comunicación y lenguaje* en Bergson. Doctor en Filosofía de la Universidad de Estrasburgo con mención de tréshonorable, por su tesis sobre la noción de causalidad en Bergson. Dicha tesis es dirigida por Georges Gusdorf y alcanza la “homologación a una tesis de estado”, Gusdorf comenta que dicha mención “no

es ningún regalo”.

De regreso, Roberto Murillo continúa su carrera como profesor catedrático en la Universidad de Costa Rica. Imparte cursos sobre Bergson, Kant, Hegel y sobre filosofía de la ciencia. Escribe más de cien artículos periodísticos sobre temas filosóficos, políticos, académicos, donde muestra una gran clarividencia sobre los problemas nacionales y la enseñanza de las ciencias. Obtiene dos veces el Premio Nacional de Ensayo, 1969 y 1975 y el gobierno francés le otorga el grado de Caballero de las Palmas Académicas. Escribe libros donde pone en clara su visión humanística de mundo: *Antonio Machado, ensayo sobre su pensamiento filosófico* (1975), *Estancias del pensamiento* (1978), *La forma y la diferencia* (1987), *Segundas Estancias* (1990), *Tres ensayos sobre el Quijote* (1993), y resta por publicar cientos de páginas inéditas,

conferencias, artículos, su novela inconclusa y sus propuestas de tipo político sobre el futuro del país.

Roberto Murillo fue, ante todo, un maestro que supo encantar a sus discípulos como el viejo Sócrates. Pero, a diferencia del ateniense, Roberto siempre respetó el criterio del otro, al cual oponía el suyo con el fin de llegar a una verdadera síntesis discursiva. Implacable, eso sí, *con los enemigos de la razón y la cultura* y los diletantes, *poco leídos*, y a quienes callaba con su sutil sátira e ironía. Poseía un inmenso amor por la vida, que es la única manera de aceptar la muerte, como una dimensión de la primera. Su muerte anunciada pocos meses antes -un fulminante cáncer de hígado- fue asumida con gran serenidad.

La eternidad se resume en un instante. Cuenta su esposa que ella, desconsolada por la noticia nefasta de la muerte de su esposo, se le acerca y señala hacia la ventana, detrás de la cual hay un pequeño jardín. Precisamente en ese momento, en una de las ramas de un arbusto se posa un comemaíz¹; le dice “ven disfrutemos de este instante y no pensemos en el mañana”.

Roberto Murillo vive, ciertamente, en la serenidad de la reflexión, el estudio profundo y en la contemplación filosófica de la vida. Pero a su vez su existencia representa una lucha quijotesca contra

los venteros que pululan en nuestras tierras; muchas lanzas y espadas se le quebraron. Le caracteriza esa locura necesaria para arremeter tanto contra los enemigos de la razón -al decir de Jaspers-, como contra los enemigos del eros, que se acompaña necesariamente del logos. La pasión sumerge al ser humano en la acción: se piensa y ya ese acto es acción. No hay verdadero pensar que no conduzca al corazón de la acción, al corazón del mundo, de lo contrario el pensar deja de serlo.

Cuando en 1971 asume Roberto la dirección del Departamento de Filosofía, expresa su profunda fe en una filosofía sin ataduras: ni con la religión, ni la ciencia, ni la técnica, ni con la política. Dice:

(...) la filosofía ha respondido, en forma “franca y masiva” a lo que decía Anaxágoras de la vida: que es meditación, y la libertad que de ésta se deriva. Este carácter sustantivo de la filosofía, esta dignidad que la erige en núcleo de la cultura fundamental, en garantía de su unidad, hay que afirmarlo en nuestra Universidad. Si las especialidades universitarias deben estar referidas a un hondo humanismo de base, corresponde a la filosofía dar coherencia a este fundamento. (Murillo: 1971: 1/1)

El núcleo del humanismo es la filosofía, pues ella lleva de suyo a la libertad que se deriva de la meditación.

¹ Ave común de la Meseta Central, una especie de gorrión de la especie *zonotrichia*, de tono café y líneas negras.

No puede haber humanismo sin filosofía, pues esta es reflexión crítica de la vida y del mundo y el humanismo debe estar puesto constantemente, en revisión, para evitar las ataduras del espíritu que se disfrazan de ismos, con intereses del momento, con servilismos políticos, económicos, pseudo-científicos, religiosos. La reflexión humanística debe ser libre de por sí, y no es otra cosa lo que intenta salvar el principio de autonomía universitaria.

Hay tres ejes fundamentales desde los cuales se desarrolla el pensamiento de Roberto Murillo: *el logos, el ente y el eros*. De alguna manera el ser, para él, es la identidad de los tres. El nacimiento del logos es siempre una ruptura, la ruptura con el ente, oposición que se manifiesta entre la forma y la diferencia. La síntesis entre la forma y el ente funda la posibilidad del conocimiento del mundo, como síntesis de dos contrarios, entre la identidad y la diferencia. El eros es siempre la fuerza que mueve el ser, sin eros no hay conocer, amaba repetir con Machado. Hay pues una diferencia entre el ser y el ente, tal como apunta Heidegger en *El ser y tiempo*, y el olvido de esta diferencia confunde el ser con el ente. Sin embargo, para Roberto Murillo esta diferencia es la que toda filosofía intenta desvanecer en un intento de alcanzar la totalidad, y que está irremisiblemente condenada al fracaso. El eros es la fuerza, el élan vital que lleva al logos hacia el ser; es el eros platónico que lleva al filósofo

hacia el saber, sin jamás poseerlo. Deseo jamás cumplido y que, por tal razón, nunca desvanecido; se desea aquello que nunca será poseído, posesión es aniquilación del deseo, por eso eros es fuerza y condición necesaria del eterno caminar hacia un saber inacabado.

Cuando se le preguntaba al maestro Murillo Zamora sobre su filósofo preferido, no tenía reparo en responder sin titubear: Platón. Pero, segundos después tenía que reconocer que Kant también lo era; y no podría ser de otra manera, pues Kant es el Platón de la época moderna; ya Derrida, con sus juegos deconstructivos, ha ido quitando el andamiaje propio de Kant y nos ha mostrado la pureza del edificio platónico deslastrado de los elementos propios de la filosofía crítica, subyacente en el fondo esencial de su pensamiento². Kantiano hasta la médula, pero seducido por el filósofo del Espíritu Absoluto y por el Bergson del *élan vital*.

El imaginario poético complemento del filosófico, el eros y el logos se oponen y se complementan; ya Aristóteles no había dicho que “...la poética es más filosófica que la historia” (Aristóteles, 1964, 87) puesto que nos lleva al mundo de lo posible y nos arranca de la prisión de lo real. Roberto muestra sus preferencias primeras: Miguel de

² cfr. S. Agacinski, j. Derrida, s. Kofman, Ph. Lacou-labarthe, j.l. Nancy, b. Pautrat(1975) *Mimesis-desarticulations*. Paris la philosophie en effet, aubier-flammarion. P.89

Cervantes Saavedra, Marcel Proust, y su bien amado Antonio Machado, sin dejar de lado: Homero, Sófocles, Unamuno, Valle Inclán. Leyó Don Quijote por primera vez a sus dieciséis años, manera colectiva, con el grupo de compañeros del San Luis Gonzaga, compañeros del eros poético y filosófico. Lo hacían en la casa de un amigo y compañero; en el comedor, donde había un atril que sostenía una edición de lujo de Don Quijote; día a día, capítulo por capítulo fue leída en voz alta, comentada, disfrutada.

En 1956, sus compañeros de colegio lo invitaron a formar parte del Círculo de Estudios Alejandro Aguilar Machado, fundado en 1956 en la ciudad de Cartago "...monótona, recelosa, y desconfiada..." (Murillo: 1990: 197). Círculo que se convierte, durante muchos años, en una actividad académica fuera de los recintos universitarios. En uno de sus artículos periodísticos publicados luego por la Editorial Costa Rica bajo el título de *Estancias del pensamiento* (1978), nuestro autor señala los ideales de aquella juventud, que cultivó la pasión del pensamiento:

En la ciudad de neblina y duermevela, de agua huidiza en viento de noviembre, de tedio y de recato, de vaga luz blanca en el atardecer, tuvimos fe, como los antiguos pitagóricos, en la razón musical, en monasterio laico, en nuestros dioses, en nuestra lucha a brazo partido por lo que creíamos el bien público, en la filosofía y en la educación.

(Murillo: 1978: 80)

El Círculo de Estudios reunió estudiantes de secundaria y universitaria, profesores universitarios. Se efectuaba la reunión todos los sábados de 7 a 9 pm. Estaba dedicada a discutir un tema cultural, presentado por uno de sus miembros. Se constituyó en un verdadero centro de formación humanística, de discusión libre y profunda, liderado por el maestro Murillo Zamora. El grupo de estudiantes y profesores provenían de formaciones disciplinares diversas: historia, filosofía, matemática, física, medicina, educación, derecho, relaciones internacionales, arquitectura, etc. lo que permitió un diálogo multidisciplinario e interdisciplinario fecundo.

Ese grupo fomentó el gusto por el paisaje circundante de Cartago, paisaje pagano en el decir de Constantino Láscaris, por fomentar un culto a la belleza de la naturaleza y sus dioses. Las discusiones y lecturas se convirtieron muchas veces en largos paseos por la campiña cartaginesa, principalmente por el pequeño valle de Coris, situado al oeste de la ciudad, entre las últimas estribaciones de la cordillera de Talamanca y Ochomogo. Ahí se realizaron lecturas y discusiones: García Márquez, Jean Paul Sartre, Heidegger y Machado el poeta que acompasaba la marcha por los caminos polvorientos y soñados.

La obra *La forma y la diferencia*, publicada en 1987, refleja los extremos

del pensamiento en los cuales el profesor Murillo Zamora se debate: la forma y la diferencia, el logos y el eros. Dos extremos que se oponen, pero que se complementan y que no son otros que los polos en que se debate la filosofía entera. La forma, el reino de lo discreto, de lo discontinuo, no es otra cosa que espacio de lo suprasensible platónico, del reino de lo matemático en Descartes, del trascendental kantiano, de la *dianoia*, donde reina lo matemático geométrico o, dominio de lo hipotético deductivo. La diferencia: el mundo sensible o, el reino de la heterogeneidad, que en Platón proporciona tan solo una la mirada indirecta del reino de las ideas puras o mundo del ser. La forma en Kant es el conjunto de condiciones *a priori* que posibilitan la experiencia misma y la posibilidad de la experiencia de las cosas. La diferencia, el mundo del ente, de lo múltiple, lo diverso, del caos, del abismo, del infinito abierto, de la generación y muerte de las cosas. Ya los griegos se debatían entre estos dos mundos; el logos es capaz de penetrar el aparente caos de lo sensible y alcanzar el mundo de las formas, de las ideas, de las leyes que constituyen y rigen el constante fluir en el tiempo de todas las cosas.

El logos hace retroceder al temible Caos que en su inmenso bostezo puede tragarse todas las cosas. Heráclito decía que la belleza armónica del mundo se manifiesta como desorden causal. El

mundo de las apariencias está penetrado por las formas que lo convierten en lo racional, en lo que puede ser conocido, desde el logos humano. Las formas son aquí la condición de la posibilidad del conocimiento y de la existencia de las cosas mismas. El optimismo epistemológico griego es sustituido, en la época moderna, por una larga meditación sobre la posibilidad del conocimiento del mundo desde la forma. El empirismo moderno, siguiendo a Aristóteles, piensa que la forma está en las cosas mismas, el objeto conduce al entendimiento a la formulación de la teoría. Para los griegos, fundamentalmente Platón la forma produce las cosas mismas y por ello permite su conocerlas como mero fantasma del ser.

En la introducción a su ensayo sobre Antonio Machado nuestro autor escribe: “El escalofrío de la identidad dentro de la diferencia vive en mi recuerdo como una tormenta de nieve al inicio de la primavera soriana, desde un viento insólito por los cipreses del cementerio de Collioure, pensando con serenidad la aparente relación del *Ente* con el *Logos*, del *Logos* con el *Eros*. (Murillo: 1981:1). Como tormenta de nieve se cuela en el logos el eros, en la forma se cuela la diferencia, el ente como el reino de lo heterogéneo continuo. El reino de la forma es quieto, arribamos en ella mediante la matemática y la contemplación de las ideas (*teorein*), lo absoluto, la identidad se quiebra con la irrupción del ente.

“

La ausencia y la distancia
Volví a soñar con túnicas de au-
rora” (Machado: 1963: 472)

El recorrido que lleva al ser humano desde el ente al *logos* y de este de nuevo hacia el ente, tiene como signo el círculo. La figura cerrada, símbolo de lo ilimitado, de la perfección según los griegos, se transita sin tregua, sin salida. La ilusión de la ruptura nos la da el eros, el eros como ausencia, como negación de lo otro que nos hace falta para alcanzar la plenitud.

Roberto señala al inicio de su ensayo sobre Antonio Machado que el eros, la diferencia entró en su vida como una tormenta abrupta de nieve soriana semeja a la imagen del paraguas roto de Gilles Deleuze:

(...) los hombres incesantemente se fabrican un paraguas que les resguarda, en cuya parte inferior trazan un firmamento y escriben sus convenciones, sus opiniones; pero el poeta, el artista, practica un corte en el paraguas, rasga el propio firmamento, para dar entrada a un poco del caos libre y ventoso y para enmarcar en una luz repentina una visión que surge a través de las rasgadura, primavera de Wordsworth o manzana de Cézanne, silueta de Macbeth o Acab.” (Deleuze et Guattari :1991: 190).

He aquí los polos en que se mueve el pensamiento de Roberto Murillo:

relación del *Ente* con el *Logos* y del *Logos* con *Eros*: el círculo del pensar que nos lleva, en Platón, desde la ilusión, desde el engaño de los sentidos, hacia la *dianoia* mediante la formulación de las hipótesis, que nos acerca al *eidos* o las ideas puras. Pero, sin poder contemplar el sol metáfora de las formas puras, a riesgo de encegucen. Las formas puras de lo real fuente de curiosidad infinita, están eternamente vedadas a la voluntad humana de ver. Kant, se esfuerza en describir la geografía del *Logos*, o las categorías a priori que permiten construir el ente como fenómeno, pero del cual se nos escapa su fundamento, la cosa en sí, lo inasible jamás. No es sino el eros, como energía cósmica e introyectada, lo que nos empuja continuamente alrededor del círculo con el fin de que este se rompa y deje pasar la tempestad del infinito, tal como el paraguas roto de Deleuze. El eros que lleva a Platón a definir la filosofía, como erótica que conduce al ser humano por el camino ascendente de lo sensible a lo suprasensible, como impulso de trascendencia que define la acción humana, como camino de conocimiento y como camino de transfiguración personal, es también, el camino de los poetas, el camino de la metáfora. La locura de Don Alonso Quijano no es locura del entendimiento como la de Platón, es imaginativa, nos dice Roberto:

“Locos” de la imaginativa, el científico creador y el caballero-poeta, no se acomodan ni a

la voluntad en bruto ni a la representación inmediata, sino que se elevan, mediante la voluntad de representación, a formas simbólicas, a primera vista quiméricas, desde las que intentan, sin lograrlo sino muy indirectamente, iluminar o transformar, y en todo caso transfigurar, la representación inmediata” (Murillo: 1994: 5)

Las dos locuras, la del entendimiento y la de la imaginación nos arrancan de lo sensible, de la pura inmanencia de las cosas hacia a lo simbólico. La primera, nos transporta de la multiplicidad de la apariencia hacia su unidad lógica, y la segunda, de los molinos de viento hacia los gigantes. Pero ambas nos llevan hacia el ser o, si se quiere al absoluto hegeliano o, “al calmo reino de las leyes” y más allá, hacia ese reino de las ideas “puras”, en Platón o “regulativas” en Kant. Y en Hegel al Espíritu Absoluto.

La vida de Roberto Murillo es la del sabio antiguo, para quien la sabiduría es una forma de ser, de existir. Maestro peripatético, largas andadas por los caminos polvorientos de la campiña de Cartago, largas reflexiones y conversaciones interminables, su existencia parece que se desarrolla al contrario de la narración de Lautréamont en *Los cantos de Moldoror*, La pluma de Isidore de Ducasse dibuja monstruos infernales, oscuros nacidos del caos y de lo más recóndito de un inconsciente

freudiano; si seguimos su canto primero y parte del segundo, de los torbellinos de imágenes de bestiarios repulsivos, son seguidos por uno de los más hermosos cantos a la matemática:

...aquel que te conoce (las matemáticas) y te aprecia no quiere más los bienes de la tierra; se satisface con sus goces mágicos; y llevado por sus alas sombrías, no desea más que elevarse, de un vuelo ligero, construyendo una hélice ascendiente, hacia la bóveda esférica de los cielos. La tierra le muestra, tan solo ilusiones y fantasmagorías morales; pero vosotras, ¡Oh matemáticas concisas!, por el encadenamiento riguroso de vuestras proposiciones tenaces y la constancia de vuestras leyes de hierro, hacéis brillar, ante los ojos deslumbrados, un reflejo poderoso de esta verdad suprema de la que observamos su impronta en el universo. (Lautréamont: 2006: 56,57)

Isidore Ducasse nos lleva de los molinos de viento, es decir de lo real, hacia los bestiarios imaginarios, el eros aquí es lo siniestro freudiano. Lo cotidiano aparece como extraño y como torbellino de monstruos que desaparecen en el mundo de *esta verdad suprema*.

Imagino al Roberto escolar sentado en esas tardes, ya eternas, en Taras su residencia en Cartago, con su regla y compás descubriendo los secretos de la geometría, sus figuras, definiciones

y, en el fondo el sonido acompasado y repetitivo del telégrafo que su padre produce. Roberto vive desde un principio en ese mundo del cielo matemático, tranquilo meandro del devenir, que olvida el devenir mismo. La tormenta soriana de nieve repentina le llega a través de sus amados poetas, Antonio Machado y sobre todo por don Miguel de Cervantes de Saavedra, la fórmula primera del ente que se transforma en logos le acompaña toda su vida, es su deseo profundo de convertirse en un *flaneur* en el sentido de Benjamin, por las calles, callejuelas y geografías del entendimiento kantiano. Frente al entendimiento, que contiene las formas puras a priori del conocimiento, está la razón, que contiene las formas puras inalcanzables. Este territorio en la descripción kantiana, es una isla, *isla de la verdad, rodeada de un mar ancho y borrascoso, verdadera patria de la ilusión* que como el canto de las sirenas en la Odisea, atrae y aniquila, del cual, al igual que Odiseo, tan solo nos salva la astucia y la previsión; previsión que en Kant es la del hombre prudente que prefiere permanecer en la isla del entendimiento, que dejarse llevar por la ilusión y el espíritu aventurero que nos puede hacer perecer en las aguas procelosas de la metafísica.

Roberto Murillo padecía una suerte de vértigo; el abismo, el vacío le producían el terror frente a lo infinito, frente a la grandeza a la que se refiere Kant que sobrepasa al ser humano y fuente del sentimiento de lo sublime. Este vértigo

se manifiesta en su pensamiento. Ese mar infinito de las formas puras aparece como la tentación de todo filósofo, la tentación de abarcar el todo, la tentación totalizante en que caen Spinoza, Fichte, Hegel. Hay siempre la tentación no solo de echar una mirada furtiva en ese mar proceloso, sino también de levar anclas y dejarse llevar por la aventura, sin brújula, ni caminos celestes. La filosofía de Murillo conlleva la prudencia crítica kantiana, empero asediada por el deseo constante de la aventura, y el deseo dicho a voces de dejarse arrebatar por el canto de las sirenas. Se teme el abismo puesto que este repele con la misma fuerza que atrae. Según nuestro pensador el esquematismo kantiano contiene el germen de la solución del abismo entre el logos y el ser, como si él contuviera el secreto, no solo de la conversión de la imagen perceptiva en pensamiento, sino que también el secreto de la trascendencia del ser humano hacia el conocimiento, sino también al infinito.

La imaginación trascendental, la imaginación que produce la síntesis entre los datos de la sensibilidad y las categorías a priori, es aquello que posibilita el conocimiento. Pero esta imaginación no soluciona el abismo kantiano entre el sujeto epistémico y el mundo; puesto que mundo se define desde la región del entendimiento, región, isla segura en medio del caos. Los antiguos griegos representaron muy bien esta dualidad en el templo de Delfos, dedicado a Apolo, dios

que preside la parte frontal occidental de dicho templo, Apolo dios de la razón, de la luz, representa la armonía precisa del mundo; sin embargo, en la parte frontal opuesta oriental, está Dionisio, el dios del caos, de la embriaguez, de la infracción a todas las reglas. El caos amenaza constantemente la armonía del mundo que construimos con nuestra razón.

La vida del maestro Murillo y su libro *La forma y la diferencia* se mueven siempre entre los términos de la dialéctica de la forma y la diferencia, entre las aporías de la continuidad y lo discreto, entre el espacio y el tiempo. En su libro, extraordinaria aventura del pensamiento, muestra cómo se plantea el problema a través de la historia; desde los pitagóricos, Zenón de Elea, Platón, Descartes, Kant, Debekind, Cantor, para llegar a concluir que es un problema irresoluble; a menos que lo remitamos a sus dimensiones existenciales, donde eros nos mostrará la desgarradura del ser y cómo la voluntad de representación literaria nos alivia de la ruptura ontológica. En la erótica existencial los límites parecen romperse; desde este infinito abierto que es el hombre, hacia la tentación del infinito actual o, la substancia en Spinoza o, ese absoluto en Fichte, del cual Hegel decía que es una noche donde todos los gatos son pardos.

El ser del hombre, lugar donde se da esa comprensión de término medio del ser (Heidegger), es el lugar de la desgarradura ontológica, que tan solo

el amor puede intentar aliviarla, sin resolverla jamás. A través del comentario del *Cancionero Apócrifo de Abel Martín* el otro yo de Antonio Machado, Murillo Zamora establece las bases negativas de tal erótica. El amor es "... la esencial heterogeneidad de la sustancia." (Citado en Murillo: 1981: 70). La erótica es posesión y ausencia, nostalgia y presencia. "La amada-continúa Abel Martín- no acude a la cita; es en la cita ausencia..." La amada no acompaña; es aquello que no se tiene y vanamente se espera" (Citado por Murillo, 1981, 71).

Concluimos entonces que la metafísica, como saber del ser, es ausencia, desgarradura que, por un lado, el saber crítico la nombra a sabiendas de que su nombre no es más que un *flatus vocis*, y por otro, el arte no es más que la ilusión de su presencia. Filosofía y arte, la primera es navegación hacia las Ideas de la Razón en Kant y la segunda la ilusión de la vinculación con el ser. Termina su ensayo "La forma y la diferencia" reconociendo que "...la verdad no es más que la complementariedad de sus metáforas." (Murillo: 1987: 290).

Roberto Murillo quiso, a pesar de su prudencia, llevar la metáfora a la existencia, luchar contra el realismo del tendero, contra los enemigos del libre pensar, contra la mediocridad imperante, quiso salvar a su Cartago de las garras de su monotonía y mojigatería. Los gigantes, obra de un maligno encantador, lo llevaron a luchas juveniles por convertir

al Colegio de San Luis Gonzaga en lo que había sido por muchas décadas atrás, una auténtica academia. Como al hidalgo caballero de la Mancha, muchos consideraron sus luchas descabelladas, fuera de lugar. Luchaba por el respeto al pensamiento y a la inteligencia pura de la juventud. Nos decía en uno de sus artículos periodísticos, publicado en noviembre de 1976: “La burocratización de la enseñanza, el pedagogismo irrestricto, que ha hecho olvidar los contenidos para sustentar un vertiginoso ensayismo metodológico, convierten al maestro en un individuo desconcertado y desconcertante.” (Murillo: 1978: 114). Se refería a la educación como un sistema –y empleo su símil– de destrucción de la flora consciente y subconsciente de nuestros estudiantes. Cuarenta años después la situación no ha cambiado. La educación es conductista, los contenidos desaparecen en unos absurdos recuentos memorísticos de datos que pierden su conexión con el universo del sentido y de la realidad. La reflexión crítica se desvanece.

Nuestro pensador distingue entre *desimaginación e imaginación*. La primera es propia del pensamiento científico, es esa imaginación que lleva al científico a desimaginar las cosas como átomos y a los átomos como partículas. O, imaginar el universo como un reloj sellado, que no se puede abrir, ni ver, por ende, su interior; al científico le corresponde tan solo, aventurar hipótesis

sobre su funcionamiento íntimo. La desimaginación nos lleva al desarrollo de la ciencia como hipotético-deductiva, tal como lo plantea Popper. Sin embargo, cabe preguntarse ¿qué es lo que la distingue de la imaginación poética? Es el *Eros*, ese *Eros* presente en la erótica platónica, pero que nos lleva, tal como dice Nietzsche, al mundo suprasensible, al mundo de ultra tumba, que niega la vida. Sin embargo, la locura, como lo vimos en la cita anterior, en ambos casos, la del científico y la del literato van hacia el mundo simbólico, hacia la negación de lo real. Tal como dice Mikel Dufrenne (cfr. 1965), a través de la imaginación el ser humano ve lo posible que rodea el objeto y lo que le permite remontar la inmediatez del objeto mismo. El objeto epistémico en Kant se da sobre el fondo de la experiencia posible –formas puras de la intuición sensible– y categorías del entendimiento. El sujeto recoge los datos de la sensibilidad y los convierte en fenómenos; en este sentido, si hay erótica epistémica es la que se transforma en asombro, que tal como Descartes la denominaba es la primera de todas las pasiones, toda vez que es la esperanza de un nuevo conocimiento. Sin embargo, la imaginación poética pasa por la erótica que me descubre al otro.

En su ensayo sobre Machado, Murillo nos conduce sobre las cuatro formas del conocer, de las cuales me interesa aquella que conduce al escepticismo. Parte del planteamiento

de la antinomia de la realidad y de la apariencia, que constituye más un conflicto de creencia que una antinomia de la razón pura; expresada esta por Roberto como sigue: “El mundo como ilusión y el mundo como realidad son igualmente indemostrables” (Murillo, 1981, 33). Antinomia solo superable por la poética. El mundo de la ciencia está construido de metáforas, la imaginación poética nos lleva a lo posible, a la des realización de lo real, tal como lo propone Sartre. Pero esta imaginación científica nos deja en el lado apolíneo del templo delfico de lo real, nos deja a Dionisio desdibujado y olvidado en su lado oriental del templo. Por ello es necesario que el poeta traiga al mundo la síntesis de las dos dimensiones de lo real (lo formal y lo diverso). La *desimaginación* y la imaginación son complementarias según Roberto Murillo: “Una, científica es objetiva pero parcial; otra, artística, es englobante pero subjetiva” (Murillo: 1987: 274).

Los poetas que ven lo universal en lo singular, más que los metafísicos puros, son los que restablecen el equilibrio entre el estadio teológico y el positivo, comprendidos de otra manera que los viera Auguste Comte; solo ellos sirven al daimon al renovar el vínculo entre lo inmanente y lo trascendente. (Murillo: 1987: 280). Esta posición coincide con la de Hegel, cuando define a la obra de arte como la manifestación sensible de la idea. Las vanguardias históricas intentan

trastocar esta definición, por cuanto muchas de sus manifestaciones son tan solo una aventura de la percepción, un goce de la sensibilidad sin idea. La obra de arte considerada kantianamente como aquello que place universalmente sin concepto, se trastoca, puesto que el arte nos sume en la metáfora para señalar desde la contradicción y la diferencia, lo infinito. Así se resuelve el círculo en que se mueve el ser humano, entre el ente y el logos y entre el logos y el eros.

El poeta se mueve y recorre todos los caminos que lo conducen de la vanidad a la plenitud, del nihilismo al ontologismo. Caminos que expresan esa desgarradura ontológica: “El hombre no puede aspirar a algo mejor que a expresar finalmente, en la forma de su vida y de su obra, el destino que lo lleva del ser a la nada y de la nada al ser, asumiendo la antinomia de la belleza...” (Murillo: 1987: 290).

La erótica también comprende el amor por el paisaje de Cartago y especialmente el de Coris, sitio de peregrinación imperdible, “... donde –y tomo prestada una metáfora de Roberto– las doradas abejas vuelven a construir la casa del ser, donde concilian quietud y tensión, donde convergen los caminos imprevistos del pensamiento y del erotismo,” (Murillo: 1978: 79).

El paisaje, el entorno constituye un elemento fundamental en el desarrollo del pensamiento de Roberto Murillo,

pues en ese paisaje hecho a la medida del ser humano se produce la elemental, originaria relación entre el ser y el logos. El encuentro de una geografía que acoge al logos y que se deja domesticar en el eros.

Finalmente, podríamos afirmar que su pensamiento gira en torno al logos y al eros, al menos en las obras abordadas. Donde sus autores esenciales –el primero de ellos, Kant el geógrafo de la razón, quien desde el entendimiento posibilita el abordaje crítico de las condiciones a priori del conocimiento científico; y los otros, los poetas y filósofos, Antonio Machado, Don Miguel de Cervantes, y Henri Bergson– son quienes le acercan al eros y al *élan vital*, y llevan a Roberto Murillo, desdibujar las notas definitorias del ser humano: libertad y locura, amistad y soledad, sentido de la existencia, misión del pensamiento.

El humanismo es entendido metafóricamente como la tarea de construir una casa para el hombre en el mundo, entendida como una reflexión que debe superar el simple cientificismo que restringe la comprensión de lo real a una dimensión cuantitativa. El descubrimiento, como dice Machado en boca de Mairena: es la heterogeneidad del ser.

Bibliografía

Agacinski S., Derrida J., Kofman S., Lacou-Labarthe PH., Nancy J.L., Pautrat

B. (1975). *Mimesis-Desarticulations*. Paris. Aubier-Flammarion.

Aristóteles (1964). Obras. Madrid. Aguilar
Deleuze, G. et Guattari, F. (1991). *Qu'est-ce que la Philosophie*. Paris. Les éditions de Minuit.

Dufrenne, M. (1965). *Les a priori de l'imagination*. In: Archivo di filosofia. N°3: 53. Lautrémont (2006).

Los cantos de Maldoror. Santa Clara, Cuba, Sed de Belleza. Extraído 12/06/2016 http://www.libroyliteratura.cenit.cult.cu/descargas/2006_Maldoror.pdf

Murillo, R. (1971) *Carta del director del Departamento de filosofía*, 1° de setiembre de 1971. Extraído 20 de agosto 2015. <http://www.circulodecartago.org/en-el-xx-aniversario-de-la-muerte-de-roberto-murillo-zamora-algunos-recuerdos-en-sus-propias-palabras/>

Murillo, Roberto (1987). *La forma y la diferencia*. San José, Costa Rica. Editorial Universidad de Costa Rica.

Murillo, Roberto (1993). *Tres ensayos sobre el Quijote*, Cartago, Costa Rica. Editorial Cultural Cartaginesa.

Murillo, R. (1990). *Segundas estancias*. Cartago Costa Rica, Editorial Cultural Cartaginesa.

Guillermo Coronado Céspedes

El “Filosofar” en *Tres Temas de Filosofía* de Roberto Murillo Zamora

“Y comprenderemos también por qué decía Kant
que no cabe enseñar *filosofía*, sino inducir a otros a filosofar.
La filosofía no es nunca un saber concluido ni una definitiva ganancia,
sino una actividad autónoma de la persona frente a la realidad en su conjunto
y frente a las opiniones de los otros.
Por eso titulados este capítulo primero el *filosofar*
y no la *filosofía*” (Roberto Murillo)

–*Tres Temas de Filosofía*–

Roberto Murillo Zamora (1939-1994) en su obra de intención didáctica, *Tres Temas de Filosofía* (1982 San José, C.R. Editorial Universidad Estatal a Distancia (EUNED), que se cita por el número de página a partir de este momento), desarrolla tres temas de gran interés personal, a saber, el filosofar, el conocimiento y la ciencia. El libro está dedicado al Profesor, Dr. Constantino Láscaris Comneno (1923-1979), impulsor de la institucionalización de la filosofía en la Universidad de Costa Rica y de la consolidación de los Estudios Generales como eje de la formación universitaria, en el contexto de la Reforma Universitaria de 1957. Roberto Murillo fue testigo directo de ese proceso, al ser formado en dicha experiencia universitaria. Ingresó a la Universidad en 1957, año del establecimiento de los Estudios

Generales. Luego, en el año 59, forma parte del selecto grupo de estudiantes que iniciaron la Carrera de Filosofía, con el Prof. Lic. Teodoro Olarte como su Director de su Departamento.

El primer tema del libro es el Filosofar, y su tratamiento ocupa las páginas 11 a 32. Y como resultado de la estrategia de exposición, en cada capítulo, el tratamiento se inicia con un par de citas algo extensas precedidas por una breve introducción. El primero de los fragmentos, del *Banquete* de Platón, hace referencia al mito platónico del nacimiento de Eros y su significado para el filosofar y la filosofía (12-13). El segundo fragmento (14-15), tomado de *Formas de una leyenda, otras disquisiciones*, de Jorge Luis Borges, nos remite a la vocación de Buda, en concreto, al modo en que Siddharta encuentra su camino. Por

razones de espacio, dedicaremos atención principalmente al mito del nacimiento de Eros en el diálogo platónico antes citado.

El Texto del *Banquete* de Platón, nos enfrenta con el discurso de Diotima de Mantinea a Sócrates, en que se narra el origen de Eros, el Amor, que no es poseedor de la riqueza de su progenitor pero que sabe que existe, y ello condicionado por la indigencia propia de su progenitora. No posee la abundancia de su padre, ni tampoco la pobreza total de su madre. Pero conoce la existencia de ambas condiciones y trata de obtener la una y evitar la otra. Está en un constante movimiento entre ambos extremos. Por ello puede colegirse que Eros es semejante a la Filosofía. Pero debe verse la cuestión con más detalle.

No posee sabiduría y la desea, pero no es ignorante y por tanto feliz en su desconocimiento de la existencia del saber; en ambos casos estamos ante estados o condiciones extáticas. En efecto, el sabio, por ser sabio, no necesita buscar más. A su vez el ignorante, precisamente por serlo, no sabe o requiere intentar conocer puesto que no se percató que le hace falta saber. Por el contrario, el Eros mítico o la filosofía, como quehacer racional, son indagación, búsqueda constante e interminable. Y lo son, porque saben que no poseen la sabiduría, que no son sabios, que les hace falta saber, pero se percatan de esa ausencia del saber dado que no son ignorantes. Y por ello serán amigos de la

sabiduría, pero no sabios. Ambos viven en un estadio intermedio, activo, que evita los extremos inmovilistas del sabio y del ignorante, como se dijo más arriba. Un estadio tenso que no tiene segura la consecución del bien que se quiere: el saber, la sabiduría, pero que sin embargo es demasiado apetecible para rendirse ante la posibilidad de su no consecución.

Origen del Filosofar: la admiración

El filosofar se desprende del mito y la técnica.

Aunque el título de la sección remite al distanciamiento del mito y las técnicas asociadas al mismo, el núcleo conceptual de la propuesta de Murillo está en el papel del asombro, la admiración, la perplejidad como los disparadores iniciales de la aventura racional del ser humano.

En efecto, Murillo discute el tema en la introducción a los dos fragmentos narrativos inspiradores de la sección, sobre Eros y Siddharta, y en la sección propia acerca del Origen del Filosofar.

En ese contexto, Murillo afirma que, en el tiempo, el conocimiento humano no empieza por el filosofar. El *hombre mítico* y el *homo faber* anteceden al filósofo. En otros términos, una serie de conocimientos técnicos se crearon antes que las preguntas filosóficas y científicas pudieran ser formuladas, en especial los desarrollos técnicos y sociales asociados a la Revolución del

Neolítico, agregamos nosotros.

Así, Roberto Murillo escribe: “Atendamos al origen del filosofar a partir del mito. Mito, como se ha señalado, no es un cuento falso, sino una narración mediante la que un pueblo se explica a sí mismo las cuestiones más generales que la vida plantea, por ejemplo, cuál es el origen del mundo (de la tierra y del cielo). El mito va acompañado del rito, de la fiesta en la que el pueblo repite, danzando, cantando, lo que el mito cuenta: juega seriamente a la creación del mundo, por ejemplo. La narración, desde luego, emplea imágenes y personificaciones de cosas, no claramente conceptos abstractos, y está vinculada con la necesidad de salvación de los hombres, no es “desinteresada”, pero por su generalidad define un tiempo y un espacio sacrales que se destacan netamente del ganarse el pan cotidiano, del multiplicar la especie”. (p 15)

Además, insiste en que el mito es resultado del asombro, “es hijo del asombro” ante el espectáculo de la naturaleza que se manifiesta ante el hombre, pero también de las inquietudes causadas por la vida y la muerte. El mito tendría un origen semejante al filosofar que también emerge del asombro, de la admiración, de la perplejidad. Esto es así, especialmente en la primera etapa de este despertar de la razón humana, el momento cosmológico de la filosofía y

ciencia griegas.

Este despertar de la percatación sobre el mundo se desarrolla con mayor profundidad, en especial, en la tercera parte del libro, cuyo eje temático principal es la “ciencia de la naturaleza”. Ahora, allá por el siglo sexto antes de nuestra era, se inicia la etapa de los fisiólogos, esto es, aquellos que teorizan acerca de la FÍSIS, la naturaleza, el mundo que nos rodea (1).

Finalmente, a manera de síntesis, Murillo escribe: “Pero llega un día en que, ante el asombroso espectáculo del desfile de estrellas en una noche serena, el hombre no se contenta con un mito. Toma distancia frente a las cosas, distingue entre representación y realidad, desprovee los conceptos de imágenes privilegiadas. Comienza la explicación filosófica del mundo que, distinta del mito, tiene sin embargo algo en común con él: ambos se originan en el asombro, en la perplejidad, en esta admiración cuyo verbo en griego, se dice (*zaumadsein*)”. (p 16)

Con este despertar de la razón, se va más allá del mito, pero no se le destierra totalmente. El mito perdura pero ahora es sometido a análisis por la teoría filosófico-científica. Y a veces, el mito es creado por el mismo filósofo, como también ha apuntado Roberto Murillo con respecto a Platón, al comentar brevemente sobre ese aspecto en el mito de Eros.

El claroscuro como complemento del origen del filosofar.

En este apartado, se inicia la exposición con una referencia a Heráclito de Éfeso, en tanto nos dice que: “El Señor, cuyo oráculo está en Delfos, ni dice ni oculta, sino que indica”(p 16). Heráclito que también insistía en sus enseñanzas que “la naturaleza suele ocultarse”. Ello le permite a nuestro autor insistir en que ciertamente el espectáculo del cielo estrellado nos lleva a una impresión de orden que produce admiración o asombro, como se dijo antes. Pero también es cierto que dicho orden está confrontado con una impresión de desorden, pues su distribución no es uniforme, porque las estrellas varían en su brillo con el pasar del tiempo, y más específicamente, en que los mismos planetas que parecen trasladarse en círculos alrededor nuestro, como observadores, presentan de vez en cuando retrogradaciones, esto es inversiones en la dirección de su movimiento, cambio en la velocidad, para luego volver al movimiento circular originario. Por todo lo anterior, Murillo se decanta por insistir en que la admiración o asombro también surge de “este clarooscuro”, de esto que no se revela por completo pues solo se insinúa” (p 17) y que también se desprende del análisis del mito platónico del nacimiento de Eros o el Amor. “La vocación filosófica se enciende de frente a lo que se muestra, ciertamente, pero en

tanto desconocido”. (ídem)

Adicionalmente, se hace referencia a otra imagen platónica que ejemplifica la situación de la iniciación de la filosofía, y es en la *República*, en que se discute entre Sócrates y Glaucón el llamativo comportamiento de los perros de buena raza que son comparables a los filósofos, en tanto “que no ladran a quien reconocen, a quien ya conocían, sino a quien conocen por primera vez”. (p 17) (2)

Citemos como conclusión, nuevamente, a Murillo:

“Así, pues, ni el dios, que sabe que sabe, ni el *ignorante*, que no sabe que no sabe, sino el hombre despierto, que sabe que no sabe, que habrá de aprender que, en otro sentido, no sabe que sabe, es filósofo. Una vez más citamos a PLATÓN, admirado del admirarse mismo: “Muy propio del filósofo es el estado de tu alma: la admiración. Porque la filosofía no conoce otro origen que este, y bien dijo (pues era un entendido en genealogía), el que habló de Iris, como hija de Taumante (la admiración)”. (p 18)

Todo hombre por naturaleza apetece saber

Tomando como punto de partida la afirmación de Aristóteles que encabeza esta sección (*cfr. Metafísica*) y que lo guiará en su presentación de la ciencia como episteme, esto es, conocimiento

verdadero y necesariamente verdadero, demostrativo, nos enfrentamos a una posible contradicción entre ella y la consideración de la filosofía como indagación inacabable. En efecto, esta concepción de la episteme como ciencia plena, no solamente verdadera sino necesariamente verdadera, como sabiduría, agregaríamos nosotros, parece contradecir el concepto de filosofía como búsqueda. Y lleva razón razón Roberto Murillo cuando la asocia al pensamiento sistemático de Aristóteles, tal como se expresa en la *Metafísica*. Pero también es claro que nuestro autor está dejando de lado el hecho de que esta concepción de una episteme estaba claramente contenida en el pensamiento de Platón y es muy consistente con la distinción entre *doxa* y ciencia en su gran diálogo, la *República*, por ejemplo al final de su libro sexto, con el símil de la línea, e inicios del séptimo, con el mito de la caverna.

Tanto en Platón como en su discípulo Aristóteles, la filosofía como búsqueda, como movimiento racional estaría ya siendo inmovilizada por la consecución de una episteme con la garantía de la deducción matemática a partir de unos primeros principios. Sócrates estaría siendo abandonado por Platón y no solamente por Aristóteles. Y muestra fehaciente de ello, es el papel solamente decorativo de Sócrates ante el “discurso” del especialista, del que sabe, de Timeo el pitagórico, en el diálogo

cosmológico de Platón, el Timeo, obra fundamental de la etapa de madurez del filósofo ateniense.

La *Metafísica* vendría a ser esta ciencia primera, esta reina de las ciencias. Este saber verdadero, de los primeros principios, que además de verdadero es necesariamente verdadero. De unos primeros principios que se caracterizan por ser el fundamento de una ciencia demostrativa que tiene que proceder y ser de lo verdadero, de lo primario, de lo inmediato, de lo primero y más conocido que la conclusión, y de las causas de la conclusión, como queda claramente establecido en los *Analíticos Posteriores*, I, ii.

Obviamente, una tal ciencia fija y definitiva está muy lejos de una indagación tentativa resultante de un intercambio de posibilidades en un diálogo o en buscar personal.

Origen del filosofar: la cura-angustia

Admiración y angustia. Luego de considerar a la admiración como la fuente desde la que emerge el filosofar, en especial por el impacto que provoca en los humanos el cielo estrellado y el mundo que nos rodea, Murillo pasa a considerar otro posible origen del filosofar. Este sería la cura o angustia que genera la toma de conciencia sobre la íntima relación entre la vida y la muerte.

Este origen complementario

es propio de los momentos históricos avanzados en la historia de las culturas o civilizaciones en los que el interés pasa de lo externo a lo interno o subjetivo, del cosmos a la vida social. Es el momento antropológico, en contraposición al cosmológico, y se distingue por considerar como clave la oposición entre vida y muerte, la muerte como culminación de la vida.

En sus propias palabras, Roberto Murillo lo expresa claramente, al decirnos:

“El origen del filosofar no es entonces la admiración celeste, sino la cura (el cuidado) o la angustia por la inevitable consumación de la vida en la muerte. Este cambio no se da como un progreso lineal, en que se pasa del énfasis en el tema del mundo al énfasis en el tema del hombre de una vez por todas, sino como un movimiento cíclico en que de uno se vuelve al otro sin que haya nunca repeticiones: la figura geométrica que mejor representaría este proceso --como casi todo proceso histórico-- sería la espiral. Pero sí podemos decir que el origen del filosofar se desplaza de la admiración cósmica a la cura o a la angustia subjetivas y que se da entonces un paso del tono afectivo optimista y entusiasta al otro, pesimista o preocupado”. (p 20)

El concepto de angustia: Murillo, para profundizar este papel

de la cura como motor del filosofar, establecido en la cita de la página 20, final de la sección anterior, declara que es fundamental distinguir “claramente entre *temor* y *angustia*”. Para dicha distinción echa mano al pensamiento de Soren Kierkegaard, el filósofo danés del siglo XIX, cuando expresa que se debe distinguir entre la angustia y el temor animal a algo determinado. “El concepto de la angustia no es tratado casi nunca en la Psicología; por eso debo llamar la atención sobre la circunstancia de que es menester distinguirlo bien del miedo y demás estados análogos, estos refiérense siempre a algo determinado, mientras que la angustia es la realidad de la libertad como posibilidad antes de la posibilidad. Por eso no se encuentra ninguna angustia en el animal; justamente porque este, en su naturalidad, no está determinado como espíritu” (p 21) (3). Murillo comenta:

“El individuo humano no está regido por leyes causales inflexibles, sino que ejerce una libertad desconocida para el animal. Por el primer acto libre, pero también por cada acto libre, decide el hombre, no solamente algo concreto, como hacer frente en la batalla o huir, sino que decide ser libre, decide en el sentido de la libertad misma”. (ídem)

Más adelante señala:

“Angustia, en latín, quiere decir estrechez o angostura: el hombre que está obligado a ser libre pasa

por un desfiladero. Si el hombre no fuera mortal, si su vida no fuera finita, la decisión libre sería reversible, irrelevante, vana: no produciría angustia. La angustia del acto libre viene de que somos mortales. La angustia ante la libertad y ante la muerte –dos formas de lo mismo-- es motor del filosofar para el hombre replegado sobre sí mismo”. (p 22)

Luego, tras citar a Heidegger, resume:

“Digamos, simplificando, que la angustia de esta muerte que no es un acontecimiento final de la vida, sino una presencia constante en ella, una inminencia, nos pone ante la posibilidad de aceptar libremente la muerte, con lucidez, o de enmascararla sintiendo que la muerte les ocurre a los otros, pero no a mí, o que la muerte puede considerarse impersonalmente, como en la expresión “se vive”, “se muere” ”. (ídem)

Y como síntesis o conclusión de esta parte de su ensayo, Murillo declara que: “El origen del filosofar es la admiración, o la cura-angustia”. (p 23)

Fines del filosofar.

Ante la pregunta del para qué sirve la filosofía, la respuesta de Murillo, en el mejor de los espíritus de Láscaris y la Cátedra de Filosofía en los inicios de los Estudios Generales, es un tajante “para

nada”, que se debe matizar de la siguiente forma: “la filosofía o, mejor, el filosofar, no sirve para nada determinado.” (p 23) Ahora bien, la filosofía o el filosofar no sirve para nada, pues es el problema del todo –precisa Murillo– y no puede quedar subordinado a un “algo” particular. (p 24). En consecuencia, dos temáticas surgen como cruciales, a saber, la de la preparación para la muerte y la de la preparación para la vida.

Preparación para la muerte.

Este tópico del *fin de la filosofía*, del *preparar para la muerte*, se discute desde tres perspectivas, a saber, como preparación para la vida eterna (p 24), como un filosofar sobre la muerte a partir de la duda respecto de la eternidad del alma (p 25), y finalmente como un filosofar como libertad frente a la muerte, sin aceptación de la vida eterna. (p 26) En cada uno de esos subtemas hace referencia breve pero significativa a Sócrates y Buda, Miguel de Unamuno, y finalmente Heidegger y Antonio Machado.

Como cierre, Roberto Murillo resume toda la cuestión cuando afirma:

“La filosofía tiene el fin de prepararnos para la muerte: no para la vida eterna, no contra la finitud de la existencia en el tiempo, sino en orden a una denodada aceptación libre de la muerte, en tanto que es una inminencia que nos

acompaña desde el instante de nuestro nacimiento, no en tanto acontecimiento que ciertamente yo no voy a vivir, no voy a poder experimentar, pues nadie sobrevive a su propia muerte”: (p 26)

Preparación para la vida

En actitud opuesta a la anterior, prioridad de la muerte, Baruch Spinoza, el gran panteísta del siglo XVII, coloca a la vida como el eje fundamental del filosofar. Y por supuesto, Murillo cita de su magna obra, *Ética demostrada según el orden geométrico*, la proposición LXVII, apuntando que Spinoza vuelve con plena conciencia “la espalda a la muerte”, cuando ella expresa que “El hombre libre en nada piensa menos que en la muerte, y su sabiduría es una meditación no de la muerte, sino de la vida”. Y en su correspondiente demostración, cual tratado de geometría, Spinoza argumenta:

“El hombre libre, es decir el que vive según el solo imperativo de la Razón, no es conducido por el temor de la muerte, sino que desea el bien directamente, es decir que desea actuar, vivir, conservar su ser según el principio de que hay que buscar lo útil que nos es propio. Y por consiguiente, no piensa en nada menos que en la muerte; pero su sabiduría es una meditación de la vida” (p 27)

Por supuesto, Murillo reconoce que estas dos perspectivas o fines, preparación para la muerte y preparación para la vida, no son plenamente excluyentes. Y que como dos caras de una moneda, el hacer énfasis en una de ellas hace que la otra emerja en momentos cruciales.

Como culminación de esta última sección, Murillo expresa:

“Y comprenderemos también por qué decía Kant que no cabe enseñar filosofía, sino inducir a otros a *filosofar*. La filosofía no es nunca un saber concluido ni una definitiva ganancia, sino una actividad autónoma de la persona frente a la realidad en su conjunto y frente a las opiniones de los otros. Por eso titulamos este capítulo primero el filosofar y no la filosofía”. (p 29)

Ese texto de síntesis ha sido tomado como epígrafe de este homenaje a Roberto Murillo.

Finalmente en un resumen didáctico al cierre de esta primera parte de *Tres Temas de Filosofía*, como lo será en las restantes dos partes, Roberto Murillo se expresa con claridad meridiana:

“La filosofía no es otra cosa que el resultado siempre móvil del filosofar. No es una disciplina particular que se ocupa de una parte de la realidad. El filosofar surge de la perplejidad del

hombre ante el Cosmos, ante el ente en su conjunto, que se le muestra y se le oculta a la vez, y de la angustia y la cura que siente el hombre ante la inminencia de no ser, siendo este sentimiento propio del hombre que, en un segundo paso histórico, vuelve sobre sí después de haberse extasiado en el Cosmos. Por ello se puede decir que el filosofar tiene el fin de preparar al hombre para esta envolvente realidad de dos caras, para esto cuyas dimensiones son la vida y la muerte. Pero por ocuparse el filosofar de la totalidad de manera *unitaria*, nada le es ajeno, y toda disciplina y toda actividad que no se aísla mediante paréntesis definitivos, es en alguna medida, filosófica” (p 30)

BIBLIOGRAFÍA

MURILLO. Roberto. *Tres Temas de Filosofía*. 1982, San José, C.R. Editorial Universidad Estatal a Distancia (EUNED).

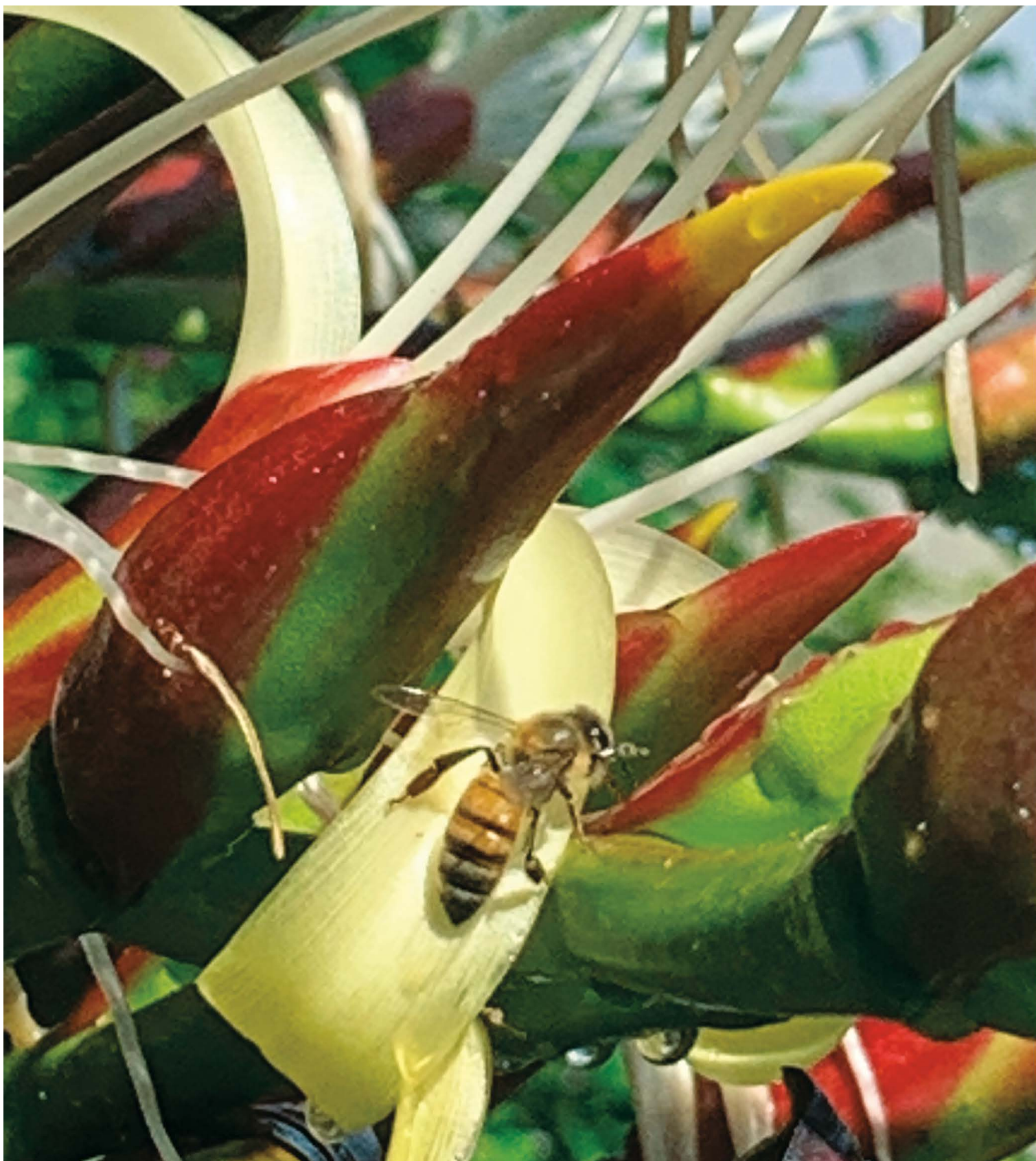
NOTAS

- 1) Véase mi texto sobre dicha tercera parte, en Coronado, Guillermo. 2004. Uno de tres. Cosmología en *Tres Temas de Filosofía* de Roberto Murillo. *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*. 42, (105). 135-139.
- 2) El tema de los perros como filósofos, me lleva a otra remembranza, tanto de Roberto como de Don Constantino Láscaris. Es mi experiencia en los Tribunales de examen final del curso anual de Fundamentos



de Filosofía, experiencia como víctima, allá por 1963, pues me correspondió someterme a ellos, y el terror ante la pregunta asesina, la del porqué los perros eran filósofos, ya fuera planteada por el uno o por el otro, en el contexto decembrino de los exámenes finales orales de ese entonces. Casi inexorablemente, a quien le tocaba el tema, resultaba ser víctima mortal, no de los perros sino de los interrogadores.

3) Se cita a Kierkegaard en su *El concepto de la Angustia*.



www.circulodecartago.org